Ella finge indiferencia

I

Jacobo corre nerviosamente detrás de la pelota; recién aprendió a caminar hace un par de meses y su madre, orgullosa, lo mira desde el sofá. Tuvieron que pasar casi dos años antes de que el niño lograra lanzarse solo a la aventura de andar sobre sus piernas. Catalina lo dio a luz en julio de 2013 y, junto a ella estuvo su madre, que viajó desde su país para verlo nacer y cuidar de los dos. La pelota choca contra uno de los muros del departamento, rebota y sale disparada contra él, que corre emocionado; le pega en un pie, le hace perder el equilibrio. Jacobo cae estrepitosamente y se desata un llanto más de miedo que de dolor; en ese momento suena el timbre, madre e hijo han estado esperando. Jacobo, en medio de sollozos, es levantado del piso y baja por el elevador en brazos de su madre.

Del padre poco se habla en la familia de ella, se sabe que el tipo es artista, que lo conoció en una fiesta de compañeros de la universidad en San Telmo hace más de cinco años. Lo único que le ha importado a Catalina, desde que la idea empezó a tomar forma en su mente y hasta el día de hoy, es que Jacobo es y será su proyecto personal; la decisión que tomó desde el momento en que sintió que Lorenzo podía volver a fijarse en ella.

El día que lo llamó terminaron yendo a un concierto en un bar del Abasto. En los últimos tres años se habían encontrado en un par de reuniones sociales por amigos en común, nada íntimo, nada personal o tan siquiera emocional: un saludo, un cruce de miradas, ella con su novio, el con su novia. Su pequeño romance había durado a lo sumo un mes, años atrás.

Camina al sitio del concierto y se pregunta por qué lo hace; no tiene idea por qué va a salir con ella. Se pregunta si le atrae y su respuesta, como siempre ha sido desde que la conoció, no le da una explicación. Entonces, se inclina a pensar que se trata exclusivamente de sexo.

Ha terminado con su novia hace casi un año y han vuelto a comunicarse hace algunos días; están decidiendo volver a vivir juntos. Siente que algo se ha roto dentro suyo desde

entonces, y no sabe bien qué busca en las mujeres, pero intuye que allí está el antídoto para su desasosiego y lo busca, a tientas, en ellas.

La decisión de vivir con su antigua novia es la más grande que ha tomado hasta entonces y lo llena de una ansiedad impulsiva, propiciando más que nunca la tensión con todas las mujeres por las que se siente atraído. Un último ejercicio de la libertad de soltero, piensa. Viene de varios meses acostumbrado a las aventuras y llevado por la inercia, se dice un segundo antes de entrar al bar, que esta va a ser la última vez que se lo va a permitir, antes de volver a su país y empezar otra vida totalmente nueva.

Catalina lo espera sentada en una mesa. El bar está atestado de gente, él le sonríe, ella finge indiferencia; luego lo mira de arriba abajo, como si quisiera percatarse de que está completo. Se besan en la mejilla y van a la barra para tomar cerveza. Él no sabe bien qué hacer, la mira a los ojos como buscando una respuesta a sus interrogantes, pero su cara no le devuelve nada. Se siente incómodo, pide una Warsteiner y, aliviado por el ruido del bar que le permite no tener la obligación de hablarle, bebe un vaso de cerveza largamente hasta terminarlo de un tirón, luego se sirve otro y repite la acción, se sirve un tercer vaso sintiendo cómo sube el efecto relajante del alcohol, toma un pequeño sorbo y, solo entonces, la mira y le habla.

La noche transcurre. Brindan por cualquier cosa, beben de más, hablan de más, se acercan de más, se miran a los ojos, ebrios. Se desata una terrible tormenta sobre el calor del verano de Buenos Aires. Se besan. Salen del bar, caminan por las calles inundadas hasta la casa de él. Antes de llegar al segundo piso, donde tiene su departamento, ya están casi desnudos; no se preguntan nada, no se prometen nada, no se reprimen de nada ni temen a las consecuencias. Acaba adentro, ella lo mira, él la mira, ebrios. Hay pastillas del día después, se dicen. Él se viste para ir a la farmacia, ella propone que lo hagan por la mañana. Duermen.

Se despiertan tarde, ella debe ir a trabajar, él quiere ir a la farmacia por las pastillas, ella corre para llegar a tiempo y propone que por la tarde las comprará y las tomará, él responde molesto que lo haga como quiera. — ¿Cómo obligar a una mujer a hacer esto? — Se pregunta preocupado mientras vuelve a su departamento, después de acompañarla a tomar

un taxi. Se imagina obligándola a tragar la pastilla, pidiéndole que abra la boca después de hacerla beber agua para verificar que sí lo hizo, se siente estúpido. Se compra una soda y se tira en la cama, quiere dormir. Siente como si toda la murga de la plaza estuviese ensayando dentro de su cabeza. Cómo odia las murgas que tocan en las plazas de Buenos Aires durante el verano. Se pregunta por qué salió con ella; por qué lo hizo de esa manera, qué es lo que quiere demostrarse. Busca respuestas dentro suyo y se va quedando dormido lentamente. Ya va a pasar la locura, ya va a cambiar todo, ya pronto empezará la nueva vida. Piensa en su ex novia, el acuerdo mutuo, volver a vivir juntos, en cinco meses, se le antojan una eternidad ¿cómo sobrevivir al vértigo, a la inercia? Se queda dormido.

II

En un café de Rodríguez Peña, cerca de Santa Fe, ella aparece con un vestido de verano; ya han pasado casi dos meses desde que salieron al bar. No volvieron a hablar desde entonces y esa mañana ella, sin razón aparente, ha llamado para pedirle que se vean. Se saludan con un beso en la mejilla; ella, finge indiferencia, él la mira a los ojos buscando alguna pista, ella le devuelve una mirada seria y fija. Está internamente tensa, piensa Lorenzo, pero no tiene idea de qué está sucediendo.

Luego de una hora de charla insulsa, él finge apuro por algo, decide pagar y despedirse. Quiere cortar. Ella nunca le ha dado tranquilidad. Si esta cita tiene algún sentido, hasta el momento no parece tenerlo y no pretende alargar más la situación. Al salir a la vereda caminan hacia Santa Fe y, justo al llegar a la esquina ella deja caer una frase: — Estoy embarazada—. Quedan los dos clavados en el piso, él la mira a los ojos para encontrar una sonrisa, el rastro de una broma, la cara de Catalina es tensa y desafiante, como si se hubiese preparado para este momento de antemano.

Ella nunca tomó nada, ni aquel día, ni nunca; lo hizo de manera deliberada, le dice, y le confiesa que quiere tener el hijo, que lo eligió a él, no para que fuera un padre, solo para que lo engendrara. Aparentemente no le está exigiendo nada y, solo le ha notificado para que sepa que va a tener un hijo suyo y, que el hijo por su parte pueda saber que tiene un padre biológico, cuando tenga edad de entender la situación. — Una loca, una maldita

demente ¿qué clase de mujer toma tal decisión de esa manera? — Piensa mientras escucha la historia, mirando el piso, con ganas de estrangularla.

No la vuelve a ver. Desde el encuentro en el café de Rodríguez Peña pasan tantas cosas por su mente que todo le parece irreal. Su antigua novia lo cancela, todo se derrumba con una llamada, en dos minutos.

Durante las siguientes semanas deambula por Buenos Aires tratando de encontrar algo de sosiego y adquiere la costumbre hacer largos paseos y meterse a las iglesias para llorar. Relativamente salvado entre sus paseos, las iglesias de Buenos Aires y lo absorbente de su trabajo, Lorenzo toma por fin la decisión, más como una medida de salvación que como algo meditado y razonable, no puede soportar el hecho de que pueda cruzarse con la loca en la calle un día cualquiera. Vuelve a su país.

III

Después de más de dos años en Colombia se debate entre dos posibles decisiones: por un lado un fuerte deseo que volver a Buenos Aires y conocer a su hijo; por el otro, dejar que todo siga como hasta ahora y seguir enviando dinero cada tanto a Catalina, quien ahora vive en un piso de Belgrano con Jacobo y su novio argentino. Un día a comienzos de julio, siguiendo un impulso, compra un pasaje a Buenos Aires.

Luego de bajar en la estación José Hernández, Lorenzo camina por La Pampa en dirección a Cuba, siente el aire helado del invierno y va recordando cómo ha venido su vida, hecho a hecho, cosa a cosa; una resultado de la otra y así, toda una cadena de causas y efectos que se multiplican exponencialmente y se salen de todo control, no para él, para todo el mundo; el control es una farsa, piensa. «Si querés hacer reír a Dios, contale tus planes flaco», recuerda la cara de un viejo tanguero que le tiró esa frase una noche hace mil noches, y ríe. Desde que llegó a Buenos Aires hace dos días ha estado dando vueltas por las calles, recordando su antigua vida. Finalmente se decidió y llamó a Catalina. Quedaron de encontrarse hoy. Llega a la esquina y toma Cuba doblando a la izquierda, cada vez camina más apurado. Se da cuenta de que a pesar del viento helado no tiene frío, está sudando, sus manos están mojadas. Llega al 1825 de Cuba y se acerca al porche del edificio antiguo, va

hacia el portero eléctrico y llama. Se queda asomado a los ventanales del edificio mirando hacia adentro.

Lorenzo los ve salir del elevador, abraza a Jacobo. Jacobo no entiende nada, lo mira confundido. Siente su pequeño cuerpo, aún inocente. Ella finge indiferencia. Lo saluda con un beso en la mejilla, él no la besa, se limita a saludarla y sonreír. Dan un paseo por Belgrano, comen helado, hablan de cosas sin importancia durante casi una hora. Nada ha cambiado excepto que ahora está el nene. Cae la tarde, él está a punto de fingir que debe irse, pero ella se le adelanta y finge prisa por algo; es evidente que le molesta Lorenzo; es evidente que a él le molesta Catalina.

Llegan de vuelta al edificio, se dan un beso en la mejilla, él le entrega el dinero a ella. Jacobo aún no sabe para qué sirven esos papeles, piensa él. Lo abraza fuerte contra sí, lo mira a los ojos de largas pestañas, negros son como los suyos a esa edad, piensa él, lo estrecha por última vez. Echa a andar mirándolo de pie en el porchecito del edificio, agarrado de la mano de su madre, mientras levanta la otra moviéndola de lado a lado en señal de despedida, sus pequeñas manos, al menos está completo, al menos está bien, piensa él; ella, finge indiferencia.

Por: Jhon Moreno

Buenos Aires julio, 2015 - Bogotá agosto, 2015.